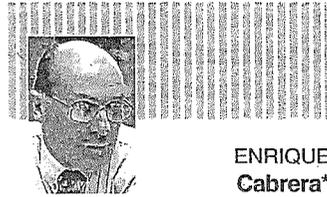


LA CITA

El agua es el vehículo de la naturaleza. Leonardo da Vinci

Agua y ciudad

ENRIQUE
Cabrera*

CONOCIDA es la variabilidad del clima mediterráneo. Aquí los fenómenos hidrológicos extremos son el pan nuestro de cada día. Sin transición alguna, la pertinaz sequía da paso a ríos y barrancos que se llevan por delante cuanto encuentran. Hasta puentes. Y no nos podemos quejar, pues lo de los huracanes caribeños es mucho peor. Al fin y al cabo, la nuestra es *la millor terreta del món*. Y aunque la prudencia desaconseje pontificar así, lo cierto es que, por ahora, aquí se vive muy bien.

Y aún mejor se viviría si esta sociedad apostara por el largo plazo. Falta hacer para planear la imponente urbanización del territorio de los últimos tiempos. Los datos de Naciones Unidas al respecto asustan. Mientras entre 1800 y 1950 la población mundial se duplica (de mil a dos mil millones), a partir de 1950 y hasta hoy se triplica. Somos casi siete mil millones. Y, lo que es peor, el campo se despuebla y la ciudad revienta. Mientras en 1950 dos tercios de la población era rural (sólo 700 millones urbanos), en 2005 y por primera vez en la historia el número de habitantes de la ciudad iguala al del campo y hoy, en 2007, con más de tres mil quinientos millones viviendo sobre el asfalto, ya es mayor. Conclusión, las ciudades son, en media, cinco veces las de hace cinco décadas. Sobran comentarios.

Pero, claro, al urbanizar el territorio se impermeabiliza, toda la lluvia escurre y el tiempo que invierte en alcan-

zar la vía de evacuación —artificial (alcantarilla) o natural (barranco o río)—, es mucho menor. Con la urbanización, en suma, aumenta el volumen a desaguar y disminuye el tiempo para hacerlo. La meteorología mediterránea se encarga del resto. Nada, pues, de sorprendente en las impresionantes imágenes que estos días hemos visto. Nada extraño que en Alemania (país que maneja con esmero el agua pese a que allí abunda) las tarifas del drenaje sean proporcionales al territorio impermeabilizado y se rebajen si la vivienda dispone de un sistema que almacene la lluvia. Y así las olvidadas cisternas que hacían lo propio en nuestras casas de campo allí renacen. Dos modos de entender la hidrología urbana.

Aunque es imposible controlar totalmente lluvias tan intensas, su impacto debe minorarse. Y para ello hay que valorar el riesgo que se asume (producto de la probabilidad de ocurrencia de un episodio de lluvia por el daño que genera) y planificar en consecuencia. Pero la previsión y el largo plazo no tienen cabida en una sociedad que, hoy como nunca, vive de las apariencias y fuerza a los políticos, fieles intérpretes del sentir de la mayoría, a caminar al compás. Las infraestructuras hídricas urbanas no han seguido, ni de lejos, el ritmo del desarrollo urbanístico. Y, claro, así nos va. Los sistemas de drenaje, visto está, son insuficientes mientras las tuberías de agua no se renuevan. No es admisible que hoy las más de las ciu-

⇒ Con la infraestructura hídrica urbana enterrada sin capacidad de seguir el ritmo del crecimiento urbanístico, las crisis serán más frecuentes

dades de nuestra costa *beban* de aljibes domésticos tan insalubres como energéticamente ineficientes. Y todo porque en esta caduca cultura hídrica de la subvención nadie, ni aún con dinero público, instala y, aún menos, renueva, tubos que después nadie ve. En un mundo presidido por la apariencia, por el *bufar en caldo gelat*, el dinero debe lucir. Faltaría más.

Mientras el *a vivir que son dos días* y la demagogia primen sobre el largo plazo y el rigor, las crecidas del Ebro (no así las del Girona) tirarán el agua al mar y la solución a nuestros problemas hídricos pasará obligatoriamente por el trasvase o la desalación. Curioso y estúpido debate, porque en el fondo hablamos de lo mismo. Las dos son obras que se ven mucho y, por tanto, tienen fácil inauguración, las dos aportan más agua y las dos consumen mucha energía. Mientras, cambiar tubos centenarios e insuficientes y mejorar la gestión, aún siendo lo que más conviene, deberá esperar a que otra crisis evidencie lo evidente o a que esta sociedad madure. Pero esto último pasa, y ya urge, por educarla en lugar de, como hasta ahora, maleducarla.

Y urge porque con la infraestructura hídrica urbana enterrada sin capacidad de seguir el ritmo del crecimiento urbanístico, las crisis serán más frecuentes y esta sociedad más insolidaria con las generaciones futuras. Habrá *consumido* buena parte del medio natural recibido y dejará unas infraestructuras vetustas e insuficientes para afrontar el complejo reto que hoy plantea el binomio agua y ciudad. Con todo, siempre nos quedará el recurso de andar el camino inverso (de la ciudad al campo) y comenzar una nueva época. Al fin y al cabo, la historia es un péndulo a merced de una condición humana siempre absurda, siempre inmutable.

*Catedrático de Mecánica de Fluidos. Universidad Politécnica de Valencia.